

CONVERSACIONES BAJO PALABRA DE HONOR

Carmen Laforet, al margen de lo literario

Carmen Laforet es una de esas mujeres que al principio de la primera conversación no sabe uno concretamente a qué juegan o a qué no quieren jugar.

Nos recibe en su casa, en un pequeño gabinete que da al comedor, y sin divagaciones en la conversación intentamos nuestro interrogatorio.

Carmen Laforet tiene aire de joven estudiante norteamericana que preparase una absurda tesis sobre la obra de Gabriel y Galán.

Hay en su actitud algo que no es para nosotros habitual; por eso sin duda nos cuesta trabajo centrar la entrevista; parece como si ella no hablase más que el inglés y nosotros únicamente el castellano.

Primera respuesta desconcertante:

—¡Ah, no sé! No me preocupa ese posible neorromanticismo en la novela. La Historia de la Literatura me interesa poco; entiendo poco de ella.

—Entonces...

—No, nada; cada cual que haga lo que quiera; yo no lo hago. Me aburre mucho leer revistas y periódicos.

—No comprendo su vocación literaria.

—No la tengo. Creo que me asisten buenas facultades como novelista, pero nada más.

—Siguen las respuestas desconcertantes:

—¿Qué novelistas extranjeros le interesan más?

—A nadie tiene que importar lo que yo lea y piense; me molesta que me pregunten.

—¿Entonces no cree usted que sería mejor que no contestase?

—Sí.

—¿Y por qué lo hace, si nadie la obliga?

—Porque pienso que ustedes se ganan así la vida, haciendo entrevistas para ganar unos duros.

—Luego usted regala sus respuestas preciosas y pignoras como si regalase un aderezo de brillantes a cada escritor que, según parece, viene a pedir limosna.

Carmen Laforet da materialmente un salto en la butaca. Ella no ha querido decir eso. Se da cuenta de lo que representa nuestra interpretación; intenta salir al paso.

—Enténdame usted; a mí no me interesa contestar a un señor que me hace preguntas. Yo cuando quise decir lo que es la novela moderna preparé una conferencia y hablé durante una hora en la Universidad de Salamanca. Además, para contestar, necesito pensar en lo que me preguntan; yo en el día pienso en muchas cosas y no vivo pensando solamente en lo que me gusta y en lo que no me gusta.

—¿Entonces usted no cree en el posible interés de las entrevistas?

—No; no creo en eso. Yo no soy periodista.

—No importa para que pudiese creer que valen para algo. Al fin y al cabo no sólo leen los profesionales...

—Al escritor se le conoce por sus libros; lo mismo al que pregunta que al que contesta.

—A mí me gustaría saber por qué usted no quiere contestar.

—Es que no quiero; no tengo gana.

—¿Por pereza?

—No, porque no quiero. Hay muchos escritores que están deseando decir cosas en la Prensa. Yo, cuando quiero decir algo, va le digo que escribo un libro o un artículo. Además, en las entrevistas no soy completamente sin...

... el escritor que... en el mercado no sólo tiene una cierta obligación de contestar a las preguntas que le hagan sobre literatura, sino que, además, tiene que exponerse a una crítica del público favorable o adversa.

—Lo que a mí no me interesa es la parte social del escritor; la parte anecdótica de la charla del café. No me gusta ser tipo que interesa a los demás; tengo



pudor y no quiero descubrir mi personalidad.

—¡Acabásemos! ¡Ya comprendo!

Carmen Laforet se interesa más por explicarme de una vez lo que ella quiere y lo que no quiere:

—Tengo mi vida separada de mi literatura; escribo cuando tengo gana, y no me preocupa que mi nombre salga en el periódico; eso estaba muy bien a los dieciocho o a los veinte años.

—La entiendo perfectamente; pero permítame unas preguntas para terminar. Una de ellas es si usted cree que la literatura está bien pagada.

—Creo que sí, que está bien pagada con relación a como están las demás cosas.

—¿Y la producción literaria actual cree usted que quedará?

—Hay un verdadero resurgimiento; estaba parada la creación desde antes de la guerra; pero ahora hay una efervescencia, y eso nos da pie a tener esperanzas.

—¿Y qué nombres de novelistas daría usted como verdaderamente importantes?

—Todos contribuyen, y, por lo tanto, daría todos los nombres.

—¿Qué lecturas le gustan?

—Novelas leo pocas; me interesan pocas, pero leo otros libros que son mucho más importantes para mí.

—¿Especialidades?

—Libros de tipo místico, y, además, de biología, de Historia y de arqueología.

—¿Y es verdad eso de que se le aparece la Virgen en el Retiro?

—Eso es un disparate. Yo antes no creía en nada, pero desde hace dos años soy totalmente católica, sin apariciones ni estupideces de esas que dicen.

—¿Cree usted que esa transformación suya es debida a alguna cosa concreta que la haya sucedido?

—Eso es nada más que porque quiso Dios.

Y la entrevista finaliza aquí, poniendo un punto final, después de que el cronista se ha dado cuenta de la legítima actitud de Carmen Laforet. El secreto está en que la madre de familia gana a la escritora y está por encima de lo literario, del cenáculo, del chisme profesional y enojoso.

Nosotros, a pesar de la entrevista hostil, identificamos a Carmen Laforet como una escritora que empieza por donde acaban otras, creyendo que lo principal es escribir y lo demás ganas de perder el tiempo.

Marino GOMEZ-SANTOS

«Pueblo», 2. abril. 1954